

Discurso Acto Aniversario del Colegio San Ignacio

Estimadas autoridades del Colegio San Ignacio, queridos profesores, profesoras, y asistentes de la educación, queridos miembros del Centro de Familias, familias todas, y muy especialmente, queridos y queridas estudiantes:

Hoy nos reunimos para celebrar un hito que trasciende los números: 170 años de historia, de transformación y de fidelidad a un proyecto educativo que nunca ha sido estático, sino que ha sabido mirar el devenir con los pies en la tierra y el corazón puesto en el otro.

Cuando me tocó asumir este rol como Presidente del Centro de Familias, quise mirar hacia atrás, no con nostalgia, sino para entender el puente que tendí entre mi propia experiencia como exalumno y la decisión de traer a mis hijos a este mismo colegio. Y algo quedó claro: *lo mismo no puede ser, porque crecimos en mundos distintos*. El San Ignacio que yo conocí no es el mismo de hoy, afortunadamente. Pero lo que permanece inalterable es su capacidad de adaptarse a los tiempos sin perder el eje: una formación valórica y académica, equilibrada, que no forma autómatas exitosos, sino personas capaces de discernir, de decidir con libertad y conciencia qué quieren hacer con sus vidas, con el sello claro de servir y contribuir a un país más justo, más humano, más sustentable.

Ese proyecto me marcó. No me dio respuestas fáciles, sino herramientas para hacerme buenas preguntas. Por eso elegí para mis hijos algo parecido... pero no idéntico. Porque ellos enfrentan desafíos que yo jamás imaginé: la crisis climática, la migración, la revolución digital, una salud mental en tensión constante. Y este colegio sigue ahí, interpelándose, cambiando lo que debe cambiar, conservando lo que merece ser conservado.

A las familias que hoy nos escuchan: les invito a seguir confiando. No desde la comodidad, sino desde la participación activa. Hagamos del paso por el colegio algo significativo. Porque no tiene sentido estar en un lugar donde no nos sintamos felices, donde no podamos ser parte. Elijamos la esperanza por sobre el miedo. Pero no una esperanza mágica que espere soluciones del cielo. La esperanza que proponemos es fortaleza, resiliencia y compromiso. Es la convicción profunda de que aquí, en comunidad, obtendré las mejores herramientas para mi proyecto de vida. No en soledad, sino acompañados.

A directivos y equipos de liderazgo: Promuevan el orgullo de estar aquí. El orgullo no es soberbia, es reconocimiento de una historia viva. El compromiso con los valores y proyectos nace del diálogo y la apertura, pero también de la firmeza y la convicción de que este proyecto tiene otros 170 años por delante. No olviden que un excesivo rol de lo tecnológico puede hacer mucho daño a la educación. La ausencia de tecnología, también. Hemos visto cómo la planificación y la evaluación, a veces necesarias, terminan sobrepasándonos, opacando o frenando una excelente ejecución del proceso. Que lo tecnológico esté al servicio de lo humano, no al revés.

A los auxiliares y trabajadores administrativos, esos silenciosos y pacientes constructores de lo cotidiano: gracias. Ustedes también participan en la labor formativa. Una sonrisa en el

pasillo, una sala limpia, un almuerzo preparado con cuidado, una atención humana en secretaría... Eso también es educar. Contribuyen enormemente a que este lugar sea lo que es.

A los profesores y profesoras: gracias por su compromiso incansable. Ayúdenos a entender que una educación de excelencia va más allá de los contenidos curriculares del MINEDUC, que a veces impone un modelo efectista, centrado en competencias dictaminadas por el mundo mecanizado. La excelencia verdadera consiste en conocer el mundo de lo cotidiano y prepararse para el cambio social y cultural. Porque la educación es la liberación de lo humano. Hoy eso implica hablar de crisis climática, de superación de la injusticia y la pobreza, de convivencia con la diversidad, de ética de la sustentabilidad, de desarrollo humano en salud, vivienda y trabajo, del fenómeno de la migración. Esos son los contenidos reales del siglo XXI.

Y finalmente, a nuestros hijos e hijas, la razón principal por la que surgió este Centro de Familias, y por la que estamos todos aquí hoy: siéntanse orgullosos de este lugar. Ámenlo. Involúcrense al máximo de su espiritualidad – tomen las oportunidades de formación no como check en su paso, sino de un modo profundo, ignaciano en el mejor sentido– y de su desarrollo. El futuro de este colegio depende, en parte, de lo que ustedes hagan cuando salgan. Y como siempre les digo a las familias: aquí todos –niños, familias, trabajadores– entramos para aprender y salimos para servir.

Que las diferencias que inevitablemente surjan las procesemos con diálogo y respeto. Escuchemos para entender y no para responder. Que construyamos juntos, desde la esperanza activa, los próximos 170 años.

Muchas gracias.